



LO ESENCIAL Y LO ARBITRARIO UN ACERCAMIENTO A *LA VENGADORA* *DE LAS MUJERES*, DE LOPE DE VEGA

Para el investigador de la literatura de los Siglos de Oro, *La vengadora de las mujeres* resulta en verdad apasionante. Escrita por Lope de Vega en plena madurez creativa, entre 1615 y 1620 —según sugieren Morley y Bruerton¹—, esta comedia pone en juego una muy considerable porción del bagaje cultural y social de la época. Recoge diferentes tradiciones y tópicos literarios, pero los reordena de forma no pocas veces novedosa e, incluso, sorprendente. Toma de la realidad costumbres y hechos, mas los invierte e ironiza. Enfrenta reflexiones filosóficas y “científicas” de los grandes sabios del mundo, y éstas quedan relativizadas frente a la “verdad” de la esencia humana. Pone, pues, en duda, la efectividad del debate, la calidad de la enseñanza, el poder de la razón, las conductas o actitudes externas, los atributos sociales y sexuales, las construcciones teóricas... En fin, casi todo lo que se somete al tratamiento artístico es vulnerable, a excepción de una parcela que Lope vuelve particularidad ontológica: la natural y positiva relación entre los sexos, en virtud del ineludible amor².

Habrà oportunidad de apreciar algunos de los aspectos mencionados en función del tema que desarrollo en este artículo, y que tiene que ver, fundamentalmente, con la protagonista. En su caracterización confluyen muy diversos aspectos; entre otros, el tópic de “la mujer sabia”, de raigambre medieval. En éste, la norma es que sean mujeres jóvenes, bellas y solteras; además, su linaje es generalmente elevado³. No se requiere indicar que todo ello se cumple en Laura. La ruptura de la convención tiene que ver con el carácter emi-

¹ *Cronología de las comedias de Lope de Vega (con un examen de las atribuciones dudosas, basado todo ello en un estudio de su versificación estrófica)*, trad. M. R. Cartes, Gredos, Madrid, 1968, p. 403.

² Idea que, en los tiempos del dramaturgo, se privilegia en diferentes discursos literarios.

³ MARÍA JESÚS LACARRA, “El arquetipo de la mujer sabia en la literatura medieval”, *FHA (La mujer en la literatura hispánica de la Edad Media y el Siglo de Oro*, dir. R. Walthaus), 1993, núm. 5, p. 13.

nentamente voluntario del enfrentamiento verbal, y que éste no se lleva a cabo sólo con hombres. También es muy interesante que, como treta de Lope, la argumentación presente ciertas fallas⁴, y que —igualmente debido al primordial objetivo ideológico del escritor— no se logre convencer al destinatario del discurso, ya masculino o femenino⁵. Finalmente cabe señalar que, a diferencia del tratamiento tópico, la protagonista lopesca no resulta “buena consejera” (con lo que asimismo se afianza la visión propuesta por el autor implícito —y que posteriormente habré de puntualizar— concerniente a la relación entre los sexos).

En cuanto al modo de *disputatio*, fue puesto en boga en la baja Edad Media con los estudios del *trivium*, del *quadrivium* y los superiores, así como con el auge de la escolástica. Para los siglos de Lope, constituía ya una larga tradición de la práctica letrada —sea literaria o del ejercicio docente o profesional. Era, sin embargo, patrimonio fundamentalmente masculino, pues los hombres eran quienes accedían a los *studia humanitatis*, al conocimiento de las artes liberales. Laura, pues, en este sentido, es un personaje *sui generis*, pero verosímil —en cuanto que no es tan excepcional. Volveré más tarde a este punto, porque antes conviene mencionar algo sobre la instrucción de las mujeres. Si bien conocemos la existencia de letradas en la alta Edad Media, y que algunas de ellas llevan a cabo “una labor intelectual e incluso social de primer rango”⁶, no hay norma expresa sobre la educación femenina hasta el período alfonsí, en el cual ya en un documento legal aparece la recomendación de enseñar a leer a las hijas de reyes bajo la responsabilidad paterna, materna o de alguna dama de compañía⁷. Aunque la ley sólo se refiere a quienes son de sangre real, la preocupación por instruir a las mujeres, por lo menos de manera elemental, se extendió a la nobleza (implícitamente la ley lo dice, al hablar “de la compañía”). Esto, como es lógico, apoyó una

⁴ Pongo un ejemplo: “...si llamó/ el filósofo con nombre/ a la mujer de ser hombre/ y perfección le faltó/ ya, por lo menos, confiesa/ que lo pudo ser”. Laura, que quiere defender a las mujeres, de hecho está favoreciendo a los hombres. (La cita en p. 1582 de la ed. de las *Obras selectas* de Lope de Vega, t. 1, hecha por F. C. Sáinz de Robles, Aguilar, México, 1991. En mis demás referencias al texto sólo anotaré dato de paginación, pues los versos no están numerados).

⁵ En la tradición hispánica, después de un muy digno papel y numerosos triunfos, únicamente dos “mujeres sabias” se ven sobrepasadas por el adversario intelectual: Luciana y Tarsiana, del *Libro de Apolonio* (ed. C. Monedero, Castalia, Madrid, 1987, estrofas 182 y 496).

⁶ PEDRO M. CÁTEDRA GARCÍA, “La mujer en el sermón medieval (a través de textos españoles)”, en *La condición de la mujer en la Edad Media. Actas del Coloquio celebrado en la Casa de Velázquez del 5 al 7 de noviembre de 1984*, Casa de Velázquez-Universidad Complutense, Madrid, 1986, p. 41.

⁷ *The text and concordance of “Las Siete Partidas de Alfonso X”*, based on the edition of the Real Academia de la Historia 1807, eds. J. R. Craddock, J. J. Nitti, & J. C. Tempreno, The Hispanic Seminary of Medieval Studies, Madison, 1990, t. 2, tít. VII, ley XI.

idea que privó por centurias, y se mantiene en los tiempos de Lope: que la capacidad de aprendizaje femenina está determinada por el linaje; que es, pues, un atributo estamental —aunque haya ejemplos que la contravengan. En los Siglos de Oro, a pesar de autorizadas voces que recomiendan la educación de las mujeres, ésta continúa siendo muy primaria; sin embargo, hay ejemplos notables de algunas que, por voluntad individual, trascienden la norma. Representación de éstas es Laura, con lo que en parte sostengo su verosimilitud como personaje. No obstante, en nada es usual una exposición femenina como la de la protagonista de los elevados conocimientos que posee y menos la práctica docente a partir del planteamiento racional deductivo a la manera escolástica, la cual resulta parodiada. No sólo porque es precisamente una mujer quien desempeña un papel que ha sido del dominio masculino (desarrolla sus actividades en una suerte de “universidad”, con escolares que son mujeres —también contra lo que sucedía en la realidad)⁸, sino porque, por ejemplo, se traiciona la práctica debatística mediante el abierto y parcial adoctrinamiento. Para evidenciar esto, traigo a colación una cita en la que Laura no admite que se expongan argumentaciones contrarias: “...que si quien anda a aprender,/ por ignorancia o soberbia/ anda a poner objeciones,/ confundirá las escuelas,/ y en su vida sabrá nada” (pp. 1576-1577). Ahora bien, no únicamente a través de Laura el escritor cuestiona las bondades de la disputa escolástica, sino también mediante la voz de Lisardo, el protagonista masculino: “No más que argüir; que el argüir/ no es lo mismo que sentir la verdad” (p. 1582). Sobra decir, por otra parte, cuánto estas palabras se expanden semánticamente: ponen en duda las ideas de sabios, filósofos o de cualquier humano, pues éstas pueden ser arbitrarias y fundadas en las percepciones e intereses personales (como lo son las de Laura). Es interesante el contexto discursivo en el que aparece la cita: cierra una disputa en la que Lisardo debatió para demostrar la supuesta inferioridad de la mujer. Así, ésta no se afirma (con lo que la obra, por mucho, excede lo que Lope dijo en su Prólogo) y, por su carácter utilitario, quedan relativizados conceptos, signos lingüísticos, lógica racional, etc. La “verdad”, pues, se “siente”; pero puede esconderse y traicionarse.

Dado que *La vengadora de las mujeres* se inserta profunda y críticamente en su tiempo, conlleva muchas implicaciones que —como dije— entusiasman al investigador. Entre éstas también menciono el tema de la necesidad de instrucción femenina, que dio lugar a una

⁸ Es de notar que la “universidad” es, en el hogar de la protagonista, recurso de verosimilitud que indirectamente muestra el verdadero impedimento institucional que existía contra las mujeres para el ejercicio y adquisición del conocimiento de manera formalizada.

importante producción tratadística en el siglo XVI⁹. En tales libros, sobra decirlo, se defendía la capacidad intelectual de las mujeres. Pero hay más, y aquí estamos frente a otra consecuencia: hubo hombres, más bien pocos, que las creyeron aptas para recibir una educación avanzada. Ya en el siglo XV, antes de que el Humanismo cobrara fuerza, se hace alguna declaración que, desde el punto de vista oficial, podría resultar escandalosa: que las mujeres quizá superarían a los hombres si accedieran al conocimiento de las artes liberales¹⁰; matizando su posición, Martín de Córdoba se pregunta “¿por qué agora... las henbras no se dan al estudio de las artes liberales e de otras ciencias [?]”, y se responde: “antes parece como le sea deuedado”¹¹.

Lope de Vega, al conformar un personaje dedicado a la adquisición del conocimiento y también a la enseñanza, así como presentar otras mujeres que estudian y aprenden, toma evidentemente partido en la que era discusión coetánea: el sexo femenino posee plena capacidad para la educación avanzada¹². Al decir esto, salta a la vista que no cree en algo que, a fuerza de repetirse, era tópico misógino —no pocas veces avalado con supuestas bases filosóficas y “científicas”— la inferioridad mental de las mujeres. Para no retroceder más en el tiempo y aunque sobrarían ejemplos, baste mencionar a Huarte de San Juan, quien en su *Examen de ingenios* señala que debido a “la compostura natural que la mujer tiene en el cerebro no es capaz de mucho ingenio ni de mucha sabiduría”¹³, afirmación que sostiene con argumentos “fisiológicos” que tienen que ver con la humedad y la frialdad femeninas.

Para la formulación de la favorable opinión lopesca con respecto a la inteligencia femenina (que no a la corrección del pensamiento de la protagonista, que es cosa aparte), alguna incidencia habrán tenido aquellas mujeres sobresalientes a las que hice referencia. Son, pues, fuente de caracterización. De entre ellas, el escritor no presta atención en las que, a pesar de su ilustración, modestamente expresan sus limitaciones, sino en las que abiertamente defendían su capacidad intelectual, su derecho a la instrucción e, incluso, su igualdad con los hombres (principio evangélico, después de todo)¹⁴. Laura, pues, en algo es repre-

⁹ MARGARET L. KING, *Mujeres renacentistas. La búsqueda de un espacio*, trad. A. Lauzardo, Alianza, Madrid, 1993, pp. 212 ss.

¹⁰ JUAN RODRÍGUEZ DEL PADRÓN, *Triunfo de las donas*, en *Obras completas*, ed. C. Hernández Alonso, Editora Nacional, Madrid, 1982, p. 230.

¹¹ *Jardín de las nobles donzellas*, University of North Carolina, Chapel Hill, 1974, p. 241.

¹² Las diversas expresiones encomiásticas a letradas en varias obras lopescas, quizá también apoyen esta idea. Sobre el tema, véase SIMON A. VOSTERS, “Lope de Vega y las damas doctas”, *CH*(3), t. 3, pp. 909-921.

¹³ Ed. G. Serés, Cátedra, Madrid, 1989, p. 163.

¹⁴ Cabe observar que las mujeres no se atreven a ponerse, claramente, por encima del sexo masculino en cuestiones de inteligencia y aprendizaje; son algunos hombres quienes lo hacen en sus escritos profemeninos.

sentación de una Teresa de Cartagena, quien dice: “Que debda tan escusada es dubdar que la muger entienda algund bien e sepa hazer tractados... aunque no sea acostumbrado en el estado fiminio”¹⁵. O de una Modesta da Pozzo o de una Louise Labé o de una María de Zayas, de su tiempo y reino, o de una Christine de Pisan, quien afirma: “...si fuera costumbre mandar a las niñas a la escuela e hicéranles luego aprender las ciencias, cual se hace con los niños, ellas aprenderían a la perfección y entenderían las sutilizas de todas las artes y ciencias por igual que ellos”¹⁶. En el XVII, dicho sea de paso, es considerable el número de mujeres que, en toda Europa, alzan la voz en relación con el punto, lo que indica la perspicacia de Lope para intuir lo que será una cada vez más fuerte exigencia femenina.

Sin embargo, el comediante hace que su protagonista —no obstante la instrucción o debido a ella¹⁷— se equivoque en virtud de la adopción de una —para él— aberrante actitud: no querer tener relación amorosa alguna. Estamos, pues, ante el tópico o —podría decirse— subgénero de la mujer esquiva, tan bien estudiado por Melveena McKendrick¹⁸. En el tratamiento específico de Lope incide, es casi obvio decirlo, el mito de Artemisa o Diana. El nombre del personaje remite inmediatamente a una de las ninfas: Laura, quien se prefiere laurel antes que poseída por Apolo. Y refieren a la diosa, la compañía femenina, el rechazo hacia los hombres y el rigor contra las que a ellos tienden. Para motivar el porqué de la negación del personaje a amar y contraer matrimonio, Lope echa mano de una extensísima fuente indirecta: la literatura y tratadística misógina. Lo que a su vez aprovecha como sustento para crear el elemento más original de su caracterización: la venganza de Laura —siendo ya una suerte de “bachillera” o “licenciada”— mediante el vilipendio masculino; no sólo oralmente, sino por escrito. Dice Laura:

Antes...
 que a las artes liberales
 diese principio, ni hubiese
 ocasión para indignarme,
 había dado en leer
 los libros más principales
 de historias y de poesías,
 y de tragedias de amantes;
 hallaba, en todos, los hombres

¹⁵ *Arboleda de los enfermos. Admiración operum Dey*, ed. L. J. Hutton, Real Academia Española, Madrid, 1967, pp. 118-119.

¹⁶ *Apud* M. KING, *op. cit.*, p. 227.

¹⁷ Ya hablé de la vulnerabilidad, de cierta “inestabilidad” de los aspectos del mundo que aparece en *La vengadora de las mujeres*.

¹⁸ “The «mujer esquiva». A measure of the feminist sympathies of seventeenth-century Spanish dramatists”, *HR*, 40 (1972), 162-197.

tan fuertes, tan arrogantes,
 tan señores, tan altivos,
 tan libres en todas partes,
 que de tristeza pensé
 morirme...

.....
 Filida, ¿qué puede ser,
 que en cualquier parte que traten
 de mujeres, ellas son
 las adúlteras, las fáciles,
 las locas, las insufribles,
 las varias, las inconstantes,
 las que tienen menos ser
 y siguen sus libertades?
 Eso...

... solamente nace
 de ser dueños de la pluma,
 de cualquier acción que hacen.
 Por ellas no hay Roma o Grecia

.....
 de todo tienen la culpa [las mujeres];
 y los hombres inculpables,
 son los santos, son los buenos
 y los que de todo saben.
 Concebí tal ansia en mí
 que propuse, por vengarme,
 de no querer bien a alguno
 ni permitir que me hablen,
 y, dándome a los estudios,
 quedar suficiente y hábil,
 para escribir faltas tuyas

.....
 Desde el principio del mundo
 se han hecho tiranos grandes
 de nuestro honor y albedrío,
 quitándonos las ciudades,
 la plata, el oro, el dinero,
 el gobierno, sin que baste
 razón, justicia ni ley
 propuesta de nuestra parte;
 ellos estudian y tienen
 en las Universidades
 lauros y grados; en fin
 estudian todas las artes.

.....
 ... para no cansarte,
 yo quiero vengar, si puedo,
 agravios, de aquí adelante,
 de mujeres, pues lo soy,
 y que este nombre me llamen.

Hay muchos y muy interesantes aspectos en esta cita, que podría pasar por un discurso feminista de nuestro tiempo. En primer lugar destaca el que se trate de argumentación antimasculina; en efecto, lo más común es que se alaben las virtudes de las mujeres, y no que se maltrate a los del sexo contrario. Tengo presente un referente claro, que también procede de un escritor igualmente capaz de observar, y desde la perspectiva femenina —ambos aspectos son interesantes—, la sujeción de la mujer en un mundo al que se hace aparecer, definitivamente, como patriarcal. Me refiero a Juan de Flores, que en *Grisel y Mirabella* lleva a Braçaida a proferir quejas por tal situación; hay, incluso, no sólo ideas, sino palabras semejantes: “vosotros que tenéys la pluma en la mano, pintáys como queréys”¹⁹. En otro lugar expuse que Lope claramente conocía esta ficción de Flores²⁰; en esta ocasión, creo que de nueva cuenta la podemos ver como fuente del dramaturgo²¹ —quien, dicho sea de paso, utiliza el recurso de la amplificación.

También saltan a la vista en el texto transcrito varias de las inversiones, presentes en la comedia, de los papeles que se representan según son los sexos. Dicho de otra manera, la mujer se apropia de elementos del género masculino. No sólo se observa el interés por la lectura, el estudio y el ejercicio de las letras en función de la enseñanza²², sino algo que ha sido frecuente en los hombres: el vilipendio al sexo opuesto. La gran ironía que se desprende en esta última apropiación, es que se pretende actuar precisamente de la forma que se denuesta, lo que quizá desde el inicio de la comedia reste puntos a la actitud de la protagonista. También puede contribuir a esto el que los otros personajes perciban la conducta y propósitos de Laura como “locuras”, como una suerte de irrupción de desorden en lo establecido. Pero, ¿está bien lo establecido? No del todo, diría yo. Y es que, para volver a la cita, la recriminación contra el mundo patriarcal es tan abundante, intensa y basada en hechos concretos y comprobables, que poco espacio queda para negar que la mujer se halle en una suerte de sujeción o, incluso, sometimiento. De esta forma, sutilmente Lope resquebraja aquello que oficialmente se decía debía ser y las supuestas bondades de lo que efectivamente sucedía en la reali-

¹⁹ Cito por la edición del siglo xv que reproduce BARBARA MATULKA en *The novels of Juan de Flores and their European diffusion. A study in Comparative Literature*, New York University Press, New York, 1931, p. 350.

²⁰ “*La ley ejecutada y Grisel y Mirabella: un análisis intertextual*”, ponencia inédita leída el 11 de marzo en el “III Congreso Internacional de la AITENSO: Ruiz de Alarcón y Vélez de Guevara”, Ciudad Juárez, 1994.

²¹ Braçaida, como la protagonista lopesca, también es hábil en el debate, pero en la obra medieval no se alcanzan los ilustrados vuelos escolásticos que apreciamos en *La vengadora de las mujeres*.

²² Más tarde en la obra, y como ya lo he señalado, la forma y contenido de los debates constituirán otro modo de apropiación.

dad. Sin embargo, no deja en su comedia una visión del todo desencantada de la relación entre los sexos: mediante el amor, con el que además se cumple positivamente la disposición natural, se superan las diferencias; éste, en síntesis, une de modo favorable al hombre y a la mujer²³. Pero esto —que dicho sea de paso, es solución individual y, por tanto, no hace variar el estado general de las cosas, a pesar de Lope— provoca una disonancia. Paso, pues, a otra perspectiva irónica: el amor desune la concreta “amistad intragenérica” —por llamarla así—, y ello en virtud de la aparición de los celos. Laura, quien creó una verdadera “academia de altos estudios” exclusivamente femenina, es claro ejemplo: llega a echar a su discípula Diana de su casa al saberla enamorada del hombre que ama²⁴.

Y ya que hablé de la “academia” —como la nombra el criado Julio (p. 1574)—²⁵, pienso que ésta nos recuerda no sólo la compañía de ninfas de la diosa Diana, sino también la hipotética *Ordre de la Rose* de Christine de Pisan. De hecho, en la caracterización de la protagonista el investigador descubre una suerte de paralelismo (voluntario o involuntario) con la escritora francesa: la dedicación a las letras y al adoctrinamiento, la indignación frente a la literatura misógina, la creencia en que la conquista supuestamente amorosa se basa en el interés masculino, la “fortaleza” de la mujer frente a las insinuaciones de los hombres, la defensa de las capacidades femeninas, etc. Sin embargo, los postulados de Laura son mucho más radicales, y su actitud, extrema, pues Lope la hace firmemente y por disposición racional, “aborrecer” (pp. 1571, 1574, etc.) a los hombres y a negarse a tener la más elemental relación con ellos. Sería demasiado largo indicar todas las implicaciones teóricas que aparecen en la comedia a partir de esta situación, de esta “locura” —como la consideran todos los personajes y el creador²⁶. Y es que la obra posee un cariz marcadamente intelectual. Pero, en fin, destacaré sólo algunas de las ideas que, a raíz de todo el entramado, parecen desprenderse como visión

²³ Sólo una cita: “Cómo podré defender/ de las mujeres los nombres,/ si de parte de los hombres/ amor me quiere poner?” (p. 1587).

²⁴ Antes, Lope la había hecho decir: “...amor, que los celos causa,/ me ha de dar celos de todas./ Pues mira si podré amallas/ en llegando a amar a un hombre” (p. 1587).

²⁵ Recuérdese el auge de las academias en los tiempos del dramaturgo, aunque —a diferencia de ésta que más parece universidad— eran principalmente de corte literario.

²⁶ La locura queda sintetizada con estas palabras de Diana: “...tú no habrás leído/ que pueda posible ser/ aborrecer la mujer/ al hombre” (p. 1581). Lo que llama la atención es que, a no ser por la indignación de Laura, no aparezca una calificación semejante para aquellos hombres que efectivamente aborrecen a las mujeres (y escriben contra ellas). No obstante, por la defensa del amor masculino, quizá pueda colegirse que, aunque muchos, son tan excepcionales o “locos” —para usar el calificativo— como ella.

del autor implícito (a pesar de que el receptor perciba que, al final de cuentas, no se “amarran” con efectividad universal). En primer término, lo que se nos revela es que el afán de negar la inclinación o amor hacia el otro sexo es más que arbitrario²⁷: es atentatorio contra lo dispuesto por la naturaleza²⁸ y por el deseo de Dios (“es ley divina y humana”, dirá un personaje femenino, p. 1587). En segundo, aparece la concepción de la realización plena del amor en la correspondencia —contra ciertas conceptualizaciones de corte platónico—, lo que implica el cumplimiento de los dictados naturales y divinos²⁹ (de aquí puede deducirse, aunque el tratamiento es un tanto subliminal, la base sexual del amor). En tercer término, nada puede la razón o el entendimiento para eludir el amor —con lo que de paso se golpean los postulados de varios moralistas que aducían el empleo de los atributos racionales como defensa del enamoramiento. Veamos a Laura, en conflicto por lo que es una derrota de su razón, aún queriendo aferrarse a ella:

...Lisardo se ha atrevido
a rendir mi opinión libre y gallarda,
y aflígeme el amor, porque se tarda,
que es tirano que aflige resistido.
Síguele el corazón y convencido,
rendido, es fuerza lo que al fin aguarda,
y aunque resista, el alma se acobarda,
y, enferma la razón, se da a partido.
Mas yo, que con mi espíritu peleo,
defiendo mi razón con mi disculpa,
y cuando ya se rinde mi entereza,
antes quiero a las manos del deseo
morir del mal por encubrir mi culpa,
que buscar el remedio en mi flaqueza.

El enamoramiento de la protagonista conlleva la imposibilidad de continuar con sus propósitos: “aborrecer” a los hombres y dictar cátedra contra ellos. Es más, se revierte sobre la instrucción pasada (que, irónicamente y en función de la visión lopesca, nunca fue efectiva) para subrayar su falsedad: “...ya quedan sus lecciones/ cubiertas de mil borrones/ y escritas en el arena [dirá Diana]” (p. 1596). Por

²⁷ Incluso, en la por Lope intencionada falla argumental de Laura, ella lo reconoce: “no hay mujer ninguna/ que, si mira [a un hombre], no admita” (p. 1578).

²⁸ Hay innumerables argumentos, sin faltar uno, aristotélico, que como se sabe es de los predilectos de Lope: como la materia tiende a la forma, así la mujer al hombre (se encuentra, por ejemplo, en voz del criado Julio —pp. 1578-1579— y en el Prólogo de la obra).

²⁹ Si bien esto se desprende de la obra, puede verse, por ejemplo, la argumentación de Lucela (p. 1576).

último, la hace blanco de las burlas de sus congéneres femeninas (pp. 1597-1598). Sin embargo, la gran ironía es que en verdad, para Laura, no hay derrota sino triunfo. Su amor hacia un hombre y el drástico movimiento del aborrecimiento a la estima no implican que cese en su defensa femenina³⁰. Además, sobre todo representan, por un lado, la mejor venganza contra quienes denuestan a las mujeres y, por el otro, un inmejorable ejemplo del porqué se las debe alabar; como se hace evidente con estas palabras de Lisardo: “yo presento un libro vivo,/ que es Laura, en que estáis mirando/ las virtudes y excelencias/ y todo el valor cifrado/ que hay en todas las mujeres” (p. 1600).

Como se ha observado en buena parte de este análisis, lo que nos quiere mostrar el autor es lo engañoso y falaz que puede ser todo aquello que es ajeno a las leyes naturales y divinas, a lo que es la esencia humana. Por demás interesante ha resultado que mediante la implícita denuncia, el cuestionamiento, la ironía y la modificación de atribuciones y usos sociales³¹, Lope vulnera lo establecido. No ha sido infrecuente en los críticos decir que la dramaturgia de los Siglos de Oro en general, y la de nuestro escritor en particular, se inserta plenamente en los dictados de la ideología hegemónica. Ello no es así, y sirva *La vengadora de las mujeres* como ejemplo. La restauración final del supuesto orden “oficial”, que es de por sí endeble³², no elimina lo que se ha expuesto a lo largo de todo el entramado; y es este mundo de cuestionamientos e intranquilidades lo que más precisamente inscribe a Lope de Vega, no en la ideología que se pretendía dominante, sino en los avatares reales del tiempo en que vivió.

LILLIAN VON DER WALDE MOHENO

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

³⁰ Dice Laura: “Defenderlas en razón,/ yo las quiero defender;/ mas no dejar de querer/ al hombre, que sin el hombre/ aun no está seguro el nombre/ de esto que llaman mujer” (p. 1597).

³¹ Pongo dos ejemplos más. Por un lado, otra apropiación de una característica que no es particular de un género sexual, sino del otro: la superioridad y triunfo de Laura, al medirse con caballeros, en el ejercicio de las armas —patrimonio evidentemente masculino en el mundo que vivió Lope, si bien en la literatura no pocas veces se explota el tópico de la dama guerrera. Por el otro, su enamoramiento de quien cree su subalterno —lo que asimismo conlleva implicaciones teóricas, filosóficas y sociales.

³² Sólo los protagonistas cumplen plenamente sus deseos. Puede dudarse del amor de las otras damas y de los otros caballeros; no se observa solución efectiva para la provocada homosexualidad de Julio, quien se queda enamorado; nada se dice de la posibilidad de un cambio en el estado de cosas de la sociedad en general.